

# SUPLEMENTO INFANTIL DE EL BIEN PÚBLICO

Año VIII

Mahón 23 de Junio de 1932

Núm. 478

## Cría fama...

IMITACIÓN

Hace unos días, estaba yo sentado a la mesa de trabajo, pluma en ristre, preparándome a escribir el artículo de fondo para el periódico, cuyo trabajo se me había encomendado por indisposición del redactor jefe. Iba a dejar correr la pluma por la cuartilla, cuando la entrada de un mozo me interrumpió.

— Señor Gutiérrez?.. Un joven desea verle.

— No puede ser en esta ocasión; estoy muy ocupado, que vuelva otro día.

— Muestra mucho interés, y dice que es preciso; tiene que hablar con V.

— ¡Hombre!— pensé — y preocupado por lo que sería o dejaría de ser, dije al mozo:

— Bien; que pase.

— ¿Se puede?..

— Adelante.

Y entró en la estancia un joven alto, enjuto, con la marca indeleble del insomnio tratada en su rostro.

— Haga el favor—le dije—ofreciéndole una silla.

— Gracias.

Y después de un momento de silencio.

— Usted dirá.

— Pues yo, señor Gutiérrez, la verdad, siento molestar a V.; pero...

— El exordio me sobresaltó algo. ¿Quién será?—pensé in mente. Pero me tranquilizó al continuar...

— Pues yo, la verdad, como no conozco a nadie y me han hablado de V. como protector de los que empiezan, no he titubeado en venir a solicitar su ayuda.

— Mi ayuda?..

— Sí; verá V. Soy un apasionado de los buenas letras. Me paso la vida leyendo y cuando mis ocupaciones de empleado en el Ministerio no me lo impiden, aprovecho el tiempo escribiendo algo para el público, pero que aún conserve inédito.

— Ah! ¿Cómo es V. escritor?..

— Sí, si señor; aunque modesto, sin pretensiones...

— Y, V. desea de mí?..

— Que me ayude, que me dé la mano y me proporcione una plaza de redactor literario en algún periódico.

— Hombre! Así de pronto... Es asunto algo delicado...

— No lo crea V. ¡Si hay tantos por ahí que no sirven para nada y sin embargo su firma aparece como una aureola que ya la quisieran para sí más de cuatro!..

— Pero la crítica... el público...

— No se preocupe V.; déjese de crítica. Cree fama y échese a dormir; además que al público se le engaña fácilmente...

— Tendrá V. vastos conocimientos. Dominará V. el idioma...

— Sí, creo que sí; me sé de memoria el Epítome de la Real Academia y el Tratado de los verbos irregulares.

— Habrá V. leído mucho; conocerá V. nuestros clásicos. Conocerá V. las producciones de los mejores poetas extranjeros...

— No, no señor; solo conozco Cervantes de oídas. Sé que escribió el Quijote, pero como según algunos es la obra muy pesada, no me he tomado la molestia de leerla... ¿para qué?..

— Conocerá V. algo de las obras de Fray Luis de León, Lope de Vega, Garcilaso, Góngora, Rioja, Hurtado de Mendoza, Quevedo etc., etc...

— No, no señor.

— Y las de Zorrilla, Espronceda, Núñez de Arce, Bécquer, etc., etc...

— De Zorrilla sólo conozco el «Tenorio»; de Espronceda «La Desesperación», y de Bécquer, aquello de «Volverán las obscuras golondrinas», porque se lo dediqué a una novia que tuve en Torrelodones, como si fuera cosa mía.

— Ah! Con qué también tiene V. esa habilidad?..

— Alguna vez, sin querer; le gusta a uno tanto una composición, que se hace la ilusión de que es cosa propia.

— Bien, muy bien; vamos a ver como estamos de poesía extranjera? Conocerá V. los clásicos griegos y latinos. Sabrá algo de Homero, Píndaro, Anacreonte; de Horacio, de Virgilio, de Ovidio, de Marcial, de Séneca, de Cicerón...

— No; no sé quienes fueron esos señores.

— Pero conocerá V. algo de Shakespeare, de Milton, Lord Byron, Dante Alighieri, Tasso, Racine, etc., etc...

— No; no señor.

— Entonces, que conoce V.?

— Verá... He sido y soy un apasionado de las musas. Soy asiduo lector de Luis de Val, Castellanos y otros autores de a real la entrega...

He leído y me sé casi de memoria el «Arte de componer versos sin maestro», y con esto y el «Diccionario de la Rima», me atrevo a hacer la revolución en el mundo literario.

— Pero la métrica, la rima...

— Esas son cosas muy elásticas.

— Sabrá V. lo que es un pareado, un soneto, una décima, una estrofa de arte mayor, una oda, una lira, una quintilla, etc., etc...

Sabrá V. lo que son tropos, figuras, licencias, etc., etc...

— Verá V.: yo la verdad, no lo sé, pero como tengo mucha imaginación, escribo siempre algo altisonante, con muchos ¡ohes! y suspensivos. Empleo frases rebuscadas en un buen diccionario, que no sean muy conocidas del vulgo y si en alguna composición hay un verso que cojea, en otro se le añaden un par de sílabas demás y en paz.

— Oh!—no pude menos de exclamar—es usted un hombre de talento. Usted llegará.

Y desde este momento, le auguro que eclipsará las glorias de los grandes maestros.

Y mentalmente dije: ¡Temblad sombras sagradas de nuestros grandes líricos!

¡Temblad venerandas sombras de nuestros preclaros prosistas! Este nuevo, este sagrado engendro poéti-

co, ha de eclipsar en lo sucesivo vuestra fama!..

Y levantándome, le ofrecí mi mano mientras me decía a guisa de despedida:

— No tema V. presentar ne; dos trabajitos limaditos (aunque sean de cosecha ajena, que estén bien disfrazados y adicionados) y cosa hecha y segura. Ya sabe V. el refrán «Cría fama y échate a dormir».

Salió y me puse a escribir el artículo que se me había encomendado.

ANTONIO GUTIÉRREZ MÉNDEZ

## El agua del mar

—¿Pero no te has cansado aún de estar metido en el agua, Dominguitín?

—¡Abuelito... si apenas llevo cinco minutos en el baño!.. ¿No te parece, Anselmo?

—¡Que Anselmo ni qué zandajas!.. ¿O es que te merece más crédito que mi reloj lo que diga un criado que se ha pasado contigo en el agua casi media hora?

—No, abuelito no. No te enfades.. Pero es que da tanto gusto estar metido en el mar cuando hace un calor que no se puede vivir...

—¡Ta, ta, ta!.. ¿No sabes, chiquillo, que los baños muy prolongados debilitan con exceso?... ¿Que los más sanos y convenientes son los de impresión?..

—No, no lo sabía... Pero déjame que esté aquí, junto a las olas, tomando el fresco...

—Bueno. Siéntate un rato y después que Anselmo te dé la última zambullida, a merendar al pinar.

—¿Cuál?

—Ese que ahí ves...

—¿Tan cerca?... ¡Qué gusto!..

—Sí, hijo, si, ese pinar vecino que hace de esta playa un sitio ideal para yodorizarse y oxigenarse a la vez, o para elegir lo que a uno más le convenga, ya que el agua del mar está cargada de yodo y de oxígeno el pinar y las florestas, según dice la ciencia.

—Pero, ¿cómo se sabe eso?

—Se sabe porque los médicos han experimentado que al mar deben ir los niños escrofulosos, los linfáticos, los raquíticos, esos niños de cabeza grande, de vientre abombado, de pecho que parece un embudo, de piernas encorvadas o espina dorsal gibosa...

—Como los dos niños del notario don Lesmes, ¿no?

—Precisamente.

—Mis hermanitos y yo no somos nada de eso, ¿verdad?

—Afortunadamente no, hijo mío. Pero ya has visto que hemos dejado a Alfredín en casa.

—¿Por qué, abuelo?

—Porque le produce terror el pensar que ha de meterse en esa inmensa mole de agua y cuando un niño es tan impresionable es para su salud un grave perjuicio bañarle en el mar, pues la rabieta causada por el miedo puede ser causa de terribles accidentes.

—¡Ah! ¿Sí?

—El baño y los aires de mar son como veneno para los enfermos del corazón; a quienes perjudica todo cambio rápido en la presión atmosférica, y para los catarros asmáticos, que no pueden oler este incitante ambiente; los que tienen los ojos tiernos, cuya oftalmía irrita el aire salino; los herpéticos y los tísicos en segundo grado. También deben huir del mar los viejos...

—¡Ah!... ¿Por eso tú no te bañas?

—Por eso, porque es muy malo, no sólo para los ancianos, sino para los degenerados, los alcohólicos, los fumadores rabiosos y los crapulosos.

—¿Quiénes son esos?

—Los que se entregan a todos los vicios conocidos y en ellos malgastan su salud...

«Conviene, sí, los aires y baños de mar a esos nenes de cuello largo y lleno de secas (in-

fartos), los de labios abultados; de tristes semblantes, de caras erisipelatosas; los de atrasada dentición, los que han perdido el apetito y sufren alguna infección intestinal, los que tienen mala encarnadura o supuraciones crónicas...

—¿Entonces, a mí me conviene?

—Sí, hijo mío, sí, y por eso los tomas; pero no deben ser prolongados, sino breves.

—Oye, abuelito: ¿es muy grande el mar?

—Mucho... ¡inmenso!..

—Y dime: ¿cómo está el agua tan clara? ¿Dónde van a parar las inmundicias que todos echamos al mar y toda la porquería que recoge?... ¿Se la comen los peces?..

—Una cantidad de ella, sí; pero no toda, ni mucho menos.

«Pero es que tú ignoras que los cuerpos porosos tienen la propiedad de fijar en su superficie las partículas arcillosas que hay en suspensión en el agua, y esa propiedad la tienen los restos de conchas y los fragmentos de piedra pómez, que obran para purificar el agua.

«En aguas sucias o cargadas de arcilla, la piedra pómez se va al fondo dos veces y media antes que en aguas limpias, porque en las sucias se carga antes de las materias que hay en suspensión en el agua.

«Porque la piedra pómez ejerce un papel importantísimo en la clarificación del agua del mar y no hay océano en que no se la encuentre con abundancia en el suelo submarino o flotando.

«A excepción de algunos pedazos de esa piedra que alcanzan el tamaño de un puño, la mayoría apenas si tiene las dimensiones de un grano de trigo, y suponiéndoles su origen aéreo y no submarino, no deben tardar en cargarse y bajar al fondo del mar más de un par de días, mientras que los fragmentos del tamaño de una nuez pueden flotar durante unos dos meses, en que van recogiendo arcilla y son arrastrados a lugares muy lejanos de su punto de origen.

«Prueba esto que en el Cantábrico se encuentran bastantes fragmentos de esos, a pesar de hallarse aquel mar muy lejos de todo centro volcánico.

«Ya ves como, de una manera permanente, se procede a la limpieza o clarificación del agua del mar, porque esa es una labor de todos los momentos y los que pudiéramos llamar pequeños filtros son incontables.

—¡Todo eso es maravilloso, abuelito!

—Sí, hijo mío, maravilloso, y una muestra, aunque pequeña, asombrosa de la Suprema Sabiduría.

EL ABUELO

## Un tren a 100 kilómetros por hora, para en 100 metros

El freno de aire comprimido, permite a los trenes modernos, hacer paradas asombrosas. Así por ejemplo, un convoy caminando a 100 kilómetros por hora, puede fácilmente disponer del recurso del freno automático y parar en un espacio de 100 metros.

La potencia que ese tren pierde con este esfuerzo, representa la distancia que podría hacer con el mismo impulso, o sean treinta kilómetros.

No es muy conveniente hacer uso de los frenos automáticos, ya que ello únicamente en los casos de serio riesgo, lo aconsejan, porque a consecuencia de la fulminante parada, la sacudida es tan brusca, que muchos viajeros se lastiman y sufren las molestias a veces, graves, del hecho.

**PINOCHO**  
SEMANARIO INFANTIL

Publica 16 páginas de amena lectura para niños, CUENTOS, HISTORIETAS ILUSTRADAS, CHISTES, PROBLEMAS, PASATIEMPOS, etc., etc., etc.

Precio 0'25 pesetas.

Véndese en Mahón en la Librería de MANUEL SINTES ROTGER.—Plaza de P. Iglesias, 17

